

Sociedad postmoderna y relaciones humanas

Arzani Milán, R. Verónica

1997

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5174>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

SOCIEDAD POSTMODERNA Y RELACIONES HUMANAS

R. VERÓNICA ARZANI MILÁN*

En la jungla social de la existencia humana uno no puede sentirse vivo si no retiene un sentimiento de identidad.

Erik Erikson: *Identity, Youth and Crisis*

Con el proceso de saturación social se ha incrementado espectacularmente nuestro contacto con los demás, en tal forma que absorbemos opiniones, ideas, actitudes y valores provenientes de todos los lugares del globo. Este contacto socava la adhesión a la objetividad y la verdad es cada vez más relativa. En este planteamiento, por desgracia, los valores corren la misma suerte, de manera que la moral, instituciones como la familia y nuestro compromiso con los demás y la sociedad son objeto de un estado de indiferencia.

El uso creciente de términos como desconstrucción, postestructuralismo y postmodernidad es un débil indicador de la revisión radical a que han sido sometidos nuestros conceptos anteriores respecto de la verdad y el conocimiento. Mientras caen en el descrédito los supuestos acerca del saber objetivo, tiende a modificarse toda la estructura de la educación. Estas cuestiones son muy importantes como para quedar circunscritas sólo al mundo académico y a las universidades.

Es de interés fundamental el concepto de "yo" (self), nuestra manera de comprender quiénes somos y para qué estamos en el mundo. Los supuestos acerca del yo son fundamentales para toda empresa que nos proponemos llevar a cabo. Poseemos la facultad de razonar y tenemos emociones, intenciones, conciencia moral;

* Profesora del Centro de Reflexión y Promoción Social; UIA-Golfo Centro.

estos conceptos desempeñan un papel decisivo en nuestra manera de relacionarnos con los demás.

Las crisis que se producen en el mundo académico poseen profundas implicaciones para cualquier concepción acerca del yo. Están amenazadas las premisas tradicionales respecto a la naturaleza de la identidad del ser humano. Con el énfasis puesto en la racionalidad, se corre el riesgo de equivocar o erradicar los conceptos de verdad, objetividad, saber, así como la idea de un ente individual dotado de capacidades. Esto guarda un paralelismo con otros cambios en la forma actual de conducirse y de relacionarse con las personas, quienes padecen cada vez más la disolución del yo.

Los cambios tecnológicos a lo largo del siglo han provocado una alteración radical en nuestra forma de revelarnos a los demás. Las comunidades estables, apoyadas en un modelo de valores, están siendo sustituidas por un conjunto amplio y creciente de “relaciones humanas” debido a un incremento brutal en los estímulos sociales, aproximados al estado de saturación, que produce enormes cambios en nuestra experiencia cotidiana de nosotros mismos y de los demás; se cae en un desenfrenado relativismo que incluye las creencias de lo verdadero y lo bueno.

La saturación social ha demolido los círculos coherentes de consenso, y la exposición del individuo a múltiples puntos de vista (ajenos a su contexto socio-cultural) ha puesto en tela de juicio todos los conceptos; y esto vale tanto para los debates académicos sobre la verdad y la objetividad como para nuestra experiencia del propio yo.

Lo caracterizado como una situación postmoderna dentro de una cultura, en gran medida es un producto colateral de las tecnologías de saturación social que han surgido en este siglo.

Heredamos del siglo XIX una visión romántica del yo, que atribuye al individuo rasgos de personalidad: pasión, alma, creatividad, temple moral, esenciales para el establecimiento de relaciones comprometidas, amistades fieles y objetivos vitales. En la visión modernista, las principales características del yo no son una cuestión de intensidad, sino más bien una capacidad de raciocinio para desarrollar nuestros conceptos, opiniones e intenciones conscientes; las personas “normales” son previsibles, honestas y sinceras, se cree en el sistema educativo, la vida familiar estable, la formación moral y la elección racional de determinada estructura matrimonial. Pero

las concepciones románticas y modernas están desmoronándose por el desuso, a la par que se erosionan los basamentos sociales que las sustentan, por la acción de las fuerzas de la saturación social. Nos saciamos de los ecos de la humanidad, de voces que armonizan con las nuestras y de otras que percibimos ajenas. Proporcionan al ser humano una multiplicidad de lenguajes del yo, incoherentes y desvinculados entres sí. Para cada cosa “sabemos con certeza” sobre nosotros mismos, se levantan resonancias que cuestionan esas “certezas” y hasta se burlan de esas supuestas “certezas”. Esta fragmentación de las concepciones del yo es consecuencia de la multiplicidad de “relaciones”, también incoherentes y desconectadas, que nos impulsan en mil direcciones distintas, incitándonos a desempeñar una variedad tal de roles que el concepto mismo de yo auténtico, dotado de características reconocibles, se esfuma.

Somos bombardeados con creciente intensidad por las imágenes y acciones ajenas, y nuestra cuota de participación social se eleva en forma exponencial. Al absorber las opiniones, valores y perspectivas de otros, y vivir en la escena los múltiples libretos en que resultamos protagonistas, ingresamos en la conciencia postmoderna. Se trata de un mundo en el que ya no experimentamos un sentimiento conformado del yo y en el que cada vez aumentan las dudas acerca de la condición de una identidad apropiada.

Existe una colonización del ser que refleja la fusión de las identidades parciales por obra de la saturación social; en este proceso, nuestros días surgen con mayor frecuencia colmados por la cantidad, variedad e intensidad de las relaciones.

El cine y la televisión pueden lanzarnos rápida y eficazmente a estados de horror, furia, tristeza, enamoramiento, lujuria y éxtasis estético (a menudo en un lapso menor a dos horas). La exposición a la pantalla proporciona a la gente experiencias emocionales sin necesidad de relacionarse efectivamente con otras personas.

Las vacaciones y las bodas dejan de ser “reales” si no las filmamos, se ven los deportes en lugar de practicarlos. Para saber qué pasa, recurrimos cada vez más a los medios y no a nuestra percepción sensorial.

Las conexiones electrónicas planetarias, computadora, fax, internet, correo electrónico, etc., han permitido el surgimiento de vínculos sociales despersonalizados (no incluyen gestos ni experiencias

visibles o palpables que nos retroalimenten). Sin la retroalimentación del lenguaje corporal se crea una fantasía de lo que es el otro.

¿Cómo es que la saturación social de nuestra existencia personal conduce a esta quiebra de nuestro sentido de realidad objetiva?

El sentido de objetividad es un logro social; para considerar algo fáctico o verdadero es necesario un consenso.

No sometidos a limitación alguna, emprendidas en el espíritu del más ciego *laissez faire*, las ciencias están haciendo añicos y desbaratando todas las creencias arraigadas [...] Nunca ha sido el mundo más mundano; nunca ha estado más pobre de amor y de bondad.

Friedrich Nietzsche:
Consideraciones intempestivas

Si el modernismo allanó el camino a las sospechas respecto a la autoridad, el postmodernismo le asestó el golpe de gracia, pues si se desconstruye el sujeto del conocimiento y sus revelaciones ya no pueden ser ni verdaderas ni falsas, se hacina un cúmulo de dudas sobre cualquier afirmación autorizada y por lo tanto sobre la figura de autoridad; de esta forma se dio lugar a lo que Jürgen Habermas ha denominado "crisis de legitimación".

Los videos de rock, por ejemplo, constituyen una buena representación del postmodernismo en cuanto que se basan en la quiebra de la realidad objetiva. Pocos presentan una narración continua, la mayoría muestra una rapidísima sucesión de imágenes (que a menudo dura menos de dos segundos) con poca o ninguna relación evidente entre sí.

Al extinguirse la coherencia racional, también desaparece de la escena la tradicional demarcación de la identidad propia, ya que lo que durante siglos se reconoció como un criterio para identificar al yo, estaba basado en el sentido de la continuidad: "Yo sé que soy yo en virtud de que siento que soy el mismo a lo largo del tiempo." En el postmodernismo ya no hay ninguna esencia individual a la que uno deba adherirse o permanecer fiel; emerge de continuo y vuelve a conformarse en un mar de relaciones en cambio permanente.

Un hecho biológico antes considerado incuestionable se fincaba en la existencia de dos sexos (masculino y femenino); ahora parece ingresar lentamente en el ámbito de la mitología. A estas alturas,

comienza a cumplirse en serio la promesa postmoderna. Si hay múltiples voces y cada una proclama una realidad distinta, si nos aproximamos al estado de indeterminación que generan estas realidades plurales, enfrentamos la posibilidad de que la distinción no sea esencial en absoluto: si los términos "masculinidad" y "femineidad" no reflejan una realidad palpable e independiente, resultan en una distinción innecesaria y el género es solamente una de las categorías tradicionales, a diferenciación del yo, que están sufriendo un deterioro: podemos incluir otros rubros como la edad, la religión, la nacionalidad, etcétera.

¿Cómo consideramos la naturaleza del amor, de la inteligencia o del envejecimiento? ¿De qué modo impregnan estas consideraciones nuestras pautas acerca del amor, el romance, nuestras relaciones, los exámenes, los compromisos que estamos dispuestos a contraer? ¿Cómo contemplamos el desarrollo infantil, la estabilidad, las causas de la homosexualidad? ¿Qué peso tienen estas premisas en nuestro modo de criar a los niños, de introducir cambios en nuestra manera de ser, de relacionarnos con el mundo heterosexual y con el mundo homosexual?

En general la atención se desplaza de la naturaleza del amor, la inteligencia, el envejecimiento, el desarrollo infantil verdaderos, a la forma en que estos aspectos se representan o se reconstruyen en la cultura.

Mientras se va erosionando la idea del yo esencial, aumenta el apereamiento de las diferentes maneras en que se crea y se recrea la identidad personal de las relaciones.

Dentro del mundo postmoderno, el yo puede convertirse en una serie de manifestaciones relacionales, y estas relaciones ocuparán el lugar que en los últimos siglos de historia tuvo el yo individual.

Estamos ansiosos por renunciar a ser lo que somos porque llegar a ser uno mismo es difícil y penoso, y porque anhelamos recibir las recompensas que nuestra cultura está dispuesta a ofrecernos a cambio de nuestra identidad.

René J. Muller: *The Marginal Self*

En tanto las relaciones sociales se convierten en oportunidades para la representación, se disipan los límites entre el yo real y el que se presenta a los demás, entre la sustancia y el estilo que está

de moda. A la larga, el concepto de yo sustancial retrocede y se hace cada vez más hincapié en el debida forma, sin distinguir entre aquél y ésta. Así, el ser sustancial deja de ser la marca de una diferencia, es simplemente sinónimo de lo que hay allí adelante.

El yo mutable está abierto a la mayor amplitud posible de experiencias. Las relaciones en la vida cotidiana quedan anegadas por una búsqueda permanente de autogratificación, donde los demás pasan a ser instrumentos al servicio de los impulsos propios.

Con estos cambios en la concepción de lo que somos y de lo que no somos, ciertas pautas de vida social y familiar pierden credibilidad, transformando nuestro modo de convivir hacia una incoherencia en nuestras pautas de vida.

Los antiguos rituales de la relación humana: las amistades profundas y duraderas, la intimidad comprometida y la familia nuclear se disgregan, y en su lugar quedan meras apariencias. La continuidad es reemplazada por la contingencia, la unidad por la fragmentación, la autenticidad por el artificio. Las tradiciones están en decadencia, y para la mayoría de las personas es mejor entablar relaciones fraccionarias que no tener ninguna.

La comunidad tradicional es sustituida por la comunidad simbólica, y los miembros de ésta aparecen ligados primordialmente por su capacidad de intercambio simbólico (palabras, imágenes, información), en particular por medios electrónicos. La proximidad física o cercanía geográfica, en este contexto, desaparecen como criterios de comunidad.

Con cada nueva oportunidad de nexo simbólico pierde coherencia e importancia, en la vida de los participantes, la comunidad tradicional, cara a cara, con la consecuente evaporación del sentido de pertenencia, lealtad y metas comunes o compartidas.

La certidumbre es la excepción en la vida actual y el problema de nuestra época es la necesidad de adaptación a la discontinuidad.

BIBLIOGRAFÍA

ERIKSON, Erik: *Identity, Youth and Crisis*, New York, Norton

Constack et al.: *Television and Human Behavior*, New York, C.U.P.

RIESMAN, David: *La muchedumbre solitaria*, Paidós: Buenos Aires.

ROGERS, Carl: *El Proceso de convertirse en persona*, Paidós: Buenos Aires.